

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Autonomía y Solidaridad

V Y ÚLTIMO

Para el Sr. Comas, todo lo defendido en nuestros anteriores artículos son... «palabras huecas».

Hueros los conceptos de Libertad, de Igualdad, de Fraternidad universal, de Solidaridad, de Amor... Huero el Deber, huera la Moral, todo huero; hasta el cerebro «impotente» de los anarquistas viejos.

¿Qué nos da él en cambio de tanta oscuridad nuestra?

El *macizo* de la abstracción Individuo, de un individualismo y de «un egoísmo absoluto» que pasan, no al lado del prójimo, sino á través ó por encima del prójimo; no acompañado del prójimo, sino en lucha enconada contra el prójimo.

Enamorado de las violencias nietzscheanas—y acaso las ideas del Sr. Comas no sean más que producto de impulsividades no encauzadas por la reflexión—ve luchas y destroces en todas partes y proclama un *struggle for life* á su modo—muy diferente, pese á él, de como lo concibió su autor—y tal como lo practica la burguesía.

De toda la vida individual y colectiva de la humanidad entera, no ha visto, no ha querido ver más que la faz lucha y violencia, y la retiene como *único y verdadero* factor de toda la evolución. La faz amor y apoyo mútuo ha pasado com-

pletamente desapercibida á sus observaciones y análisis (1).

(1) «Los organismos inferiores adaptan sus actos á tales ó cuales objetivos de modo muy imperfecto, y precisamente esta imperfección suscita y constituye el fenómeno llamado lucha por la vida. Los organismos superiores, al contrario, marchan hacia un ideal de adaptación completa, de cohesión, que hará desaparecer, entre individuos de la misma especie primero, de diferentes especies luego, todo vestigio de contrariedad ó de antagonismo. De este modo la vida ideal, según esta confesión del mismo Spencer, pondría ya límites, cada vez más estrechos, al muy británico *struggle for life*.

Según nuestro modo de ver, en la serie evolutiva que solda unas á otras las diversas modalidades del ser (que une el movimiento que nos parece ya eterno á la vida que nos parece aún pasajera, y la vida fugaz al espíritu dotado por nuestros sueños de un poder y de una duración sin límites), para nosotros no es cuestión, en verdad, ni de lucha por la existencia ni de límites á esta lucha.

En esta cadena inmensa la energía psíquica nos aparece como la resultante, no tan sólo de las acciones químicas y vitales desarrollándose en medio de condiciones muy particulares, en la intimidad de los tejidos orgánicos (cerebro, sistema nervioso, etc.), si que también de estas acciones ya exteriorizadas, ya proyectadas afuera, ya captadas por los ambientes orgánicos similares y complicadas por las múltiples reacciones que de ellos emanan. Según nosotros, se trata, además, de considerar las fases diversas á donde tiende esta nueva y excesiva complicación de la energía primordial, sea la socialidad inferior y muy estable de los animales, sea la socialidad superior, inestable y progresiva, la moralidad de los hombres. Pero ¿qué es una socialidad inferior, sino un altruismo simple, elemental, constituido por un conjunto de acciones orgánicas y de reacciones superorgánicas donde el ser reviste formas que, comparadas con las manifestaciones más complejas del mismo fenómeno, nos parecen egoístas, crueles, salvajes, y, en definitivo, infantiles y groseras?

Repitémoslo; la conservación de la existencia orgánica no implica de ningún modo la idea de la lucha

En las relaciones sociales no quiere ver más que choques, cuanto más violentos, mejor.

Sentimos tener que decirle que consideramos muy atávico este punto de vista. Y muy antisocial.

Su concepto de la libertad absoluta, desmentida por el mismo determinismo que invoca, de llevarla á la práctica *todos* los individuos, daría por resultado... otra sociedad burguesa, ó poco menos.

En efecto, su Individuo no es posible, no es actuable sino en medio de un baño.

Y esclavos «comestibles» desea el señor Comas cuando, apoyándose en el hecho de que el hombre *«destruye ciertos animales y un sinnúmero de plantas»*, agrega que:

«Del mismo modo que destrozamos y engullimos sin reparo alguno todo cuanto es útil á nuestra conservación, igualmente nuestro pensamiento, exteriorizado en la Acción, barre todo cuanto es ajeno á su modo de sentir y de obrar, produciendo el choque tanto más violento cuanto más distante de la nuestra es la línea de conducta de los demás.»

El Zar ruso no hablaría ni obra de otro modo.

Esta afirmación de que «nuestro pensamiento, exteriorizado en la acción, barre todo cuanto es ajeno á su modo de sentir y de obrar», afirmación dictada por un espíritu de dominio, conduce directamente á «una aristocracia intelectual» propensa á todos los dogmatismos y violencias consiguientes. Vamos á verlo.

ó de antagonismo. Es, únicamente, después de haber alcanzado las altas cumbres de la existencia superorgánica, las formas sublimes del sacrificio en pro de los demás, que la razón y la conciencia individuales, productos de la razón y la conciencia colectivas, separan el bien del mal, lo justo de lo injusto, el orden del desorden, y entonces tan solo es cuando, por oposición á los conceptos positivos de unión, de concurso, de armonía, surgen los conceptos negativos de división, de lucha y de combate.»—E. DE ROBERTY, del libro *L'Éthique, psychisme social*.

El Sr. Comas ha querido decir—se desprende de la lectura de todo su trabajo—que el Individuo tiene derecho á pasar por encima (barrer) de la colectividad. Pero ¿qué individuo? ¿El superiormente dotado ó el menos dotado? ¿El más sensible ó el más bruto? ¿El más inteligente ó el más ignorante? Porque la acción lo mismo puede ejercerla uno que otro, y en este terreno lo mismo á uno que á otro puede serles ajeno el modo de sentir y de obrar del contrario. Un bruto—destructor como un Napoleón—puede triunfar fácilmente de un inteligente. Le sobra fuerza para ello. Le basta con asociarse á los brutos como él. ¿Quiere el Sr. Comas que sea el inteligente quien triunfe? Pues tendrá que asociarse á otros si quiere triunfar de los brutos. Hétenos ya en presencia de dos asociaciones. Á uno lado la de los ignorantes, á otro los intelectuales que, so pretexto de dirigir á aquéllos, se erigirán en Autoridad, se infatuarán con el ejercicio del poder, y acabarán unos y otros zurrándose la badana. Es la lucha de castas. Esto, descontada la que sostendrán los individuos de la última asociación para encaramarse á la punta de la pirámide de la dirección social. ¿No se da cuenta Comas Costa de que en esta lucha puede ser un vencido y que maldito lo que le gustará que lo barran y no lo tengan en cuenta para nada? Es decir, á no ser que se sienta genio para ocupar el puesto predominante y que su suprema sabiduría lleve ya descartada la posibilidad de este barrido.

El cuadro es exactamente el mismo que nos ofrece la sociedad burguesa. Y siempre por desconocimiento de que hay un interés colectivo: el de la especie entera, que es el de todos y de cada uno.

Si al Sr. Comas no le asusta esta posibilidad de su derrota, tiene que reconocer que aun para el triunfo del mejor dotado—bruto ó sensible—es necesario

la asoci
es lo de
pio,—y
trado en
parte. E
valor re
ciación
nomos y

Adem
Colectiv
siva—r
activa—
vaga é
desapar
rribar l
tad del
que no
como s
compue

La co
impacie
quieren
como s
sus imp
les» y
tor «tie
greso.

No de
modos,

(1) «L
leyes, la i
las comun
únicamen
todo su po
rán el gl
todo se ha
social se f
y se disol
ficultar en
debe ten
vez el ide
mo, es de
viduo tan
dándole a
Desde ah
género; d
una inme
no exige o
ción, dejá
luntad de
imponerle
nece á la
se asocien
crificarla.
gina 40.

la asociación—el número de asociados es lo de menos, lo esencial es el principio,—y que el individuo solo «concentrado en sí mismo», no va á ninguna parte. El Individuo *no es*, pues, el único valor real. El *único valor real es la asociación de individuos conscientes autónomos y solidarios* (1).

Además, el Sr. Comas olvida que la Colectividad no es tan «estática» y pasiva—recuerde que toda la Materia es activa—como la cree; que esta Especie *vaga é* indeterminada toma cuerpo y desaparece su vaguedad cuando de derribar la omnimoda y despótica voluntad del individuo ó del grupo se trata, y que no se deja engullir así como así, como si fuese una col. Por algo está compuesta de individuos.

La colectividad es estática para las *impaciencias individuales* de los que quieren *arrearla* de golpe y porrazo como si fuese un borriquillo. Moderen sus impacencias los «valores individuales» y se darán cuenta de que el factor «tiempo» entra por algo en el progreso.

No desconocemos ni negamos, de todos modos, ¡qué hemos de desconocer! el va-

lor efectivo de estas individualidades. Porque no lo desconocemos afirmamos la autonomía del individuo, es decir, su perfecto derecho á desarrollar sus iniciativas, pero no que las imponga violentamente so pretexto de que la colectividad es estática y tiene derecho á barrer un estorbo que no pasa de ser cuestión de tiempo.

Es tan hijo de una educación burguesa el punto de vista en que se coloca el señor Comas, que no acertó á ver que en una sociedad comunista-anarquista, formada por individuos *integralmente* desarrollados, las iniciativas no hallarían tantas dificultades como les opone presentemente la ignorancia en que, y no por culpa suya, esta sumida la gran masa. Y para entonces, por estática que fuese la colectividad, el inconveniente queda obviado: por un lado, con el ningún obstáculo de la autoridad suprimida; por otro, con la socialización de los medios de producción—ya ve el Sr. Comas como el Socialismo se mueve en dos planos estrechamente unidos—que coloca á todos y á cada uno de los individuos en situación de llevar á la práctica sus iniciativas. Hablar del futuro teniendo la vista fija tan sólo en lo que ocurre presentemente, es viejo estribillo de crítico burgués, de mentalidad actual que *no entrevé* el porvenir.

Otro de los errores en que nos hace incurrir el Sr. Comas es esta creencia en la Bondad innata y en la Perfección. En fuerza de querer hacer pasar por «atrasados» á los comunistas anarquistas, nos hace decir cosas que ni los Grave, ni los Reclús, ni los Mella, ni los Kropotkin, ni ninguno de los teóricos de la anarquía ha soñado siquiera. Nos explicamos esta equivocación del Sr. Comas. Necesitaba presentarnos con esta «base» en nuestras teorías para atribuirnos luego que somos partidarios de la Responsabilidad, y no ha titubeado en *cristianizar* las doctrinas de los teóricos. Si hubiese leído á los

(1) «La asociación, dificultada hasta hoy por las leyes, la ignorancia, los prejuicios, las dificultades de las comunicaciones, que lo son de aproximación, etc., únicamente en este siglo ha comenzado á mostrar todo su poderío. Vendrá, sin duda, un día en que cubrirán el globo asociaciones de toda clase, y en que todo se hará por asociación, en que en el gran cuerpo social se formarán un gran número de grupos diversos y se disolverán con igual facilidad, circularán sin dificultar en nada la circulación general. El tipo á que debe tender toda asociación es aquel que une á la vez el ideal del socialismo y el ideal del individualismo, es decir, el que ofrezca mayor seguridad al individuo tanto en el presente como para el porvenir dándole al propio tiempo la mayor libertad posible. Desde ahora, todo seguro es ya una asociación de este género; de una parte hace proteger al individuo por una inmensa fuerza social puesta en común; de otra, no exige del individuo sino un mínimum de contribución, dejándole en libertad de entrar ó de salir á voluntad de la asociación, y protegiéndole, en fin, sin imponerle nada... El porvenir, en una palabra, pertenece á la asociación, con tal que sea de libertades que se asocien, y para aumentar su libertad, no para sacrificarla.»—M. GUYAU, *L'Irréligion de l'avenir*, página 40.

Gori (1), á los Merlino, á los Molinari (2), —por no citar más que abogados— se diera perfecta cuenta de que los teóricos de la anarquía son igualmente deterministas como el mismo autor de *Determinismo y Responsabilidad* (3).

Terminamos. Estamos seguros de que no llevaremos inmediatamente la convicción al ánimo del Sr. Comas. Carecemos de una cualidad necesaria en estos

(1) «La sociedad no tiene el derecho de castigar, no tiene el derecho de vengarse, como no tiene jamás, frente á la civilización, el derecho de torturar. Tiene, sí, puramente el derecho de defenderse — como todo organismo que no quiera perecer — del delito que la maltrata en sus miembros. Y este imprescriptible derecho de la defensa, cuando una sociedad sea iluminada y sabia, sabrá ejercerlo, primeramente curando radicalmente sus males profundos, de los cuales la mayor parte de los delitos nacen y viborecen; después, cumpliendo por sí misma el deber de prevenirse de nuevos ataques del delincuente, — que, si existe, demostrará obstinación en la violación de los derechos de los demás; — el deber hacia el delincuente mismo (degenerado, paranoico, loco moral, etc.), con la aplicación, para su cura fisis-psíquica, de todos los remedios que la ciencia irá paulatinamente revelando para curar ó aliviar esas enfermedades morales.» — PEDRO GORI, curso de Criminalología en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, 1898.

(2) Véase el bellísimo estudio *Il Tramonto del Diritto Penale*, del que gustosamente reproduciremos algo en números sucesivos.

(3) «Sobre el principio de la responsabilidad descansa la organización jurídica de las naciones. Como consecuencia, la pena es la finalidad de esa organización, por lo que los pueblos civilizados apenas se diferencian de los bárbaros.

«Sin embargo, la responsabilidad moral, es un absurdo. Está más que suficientemente probada la falsedad del libre albedrío. Todas las acciones humanas son necesariamente fatales como consecuencia de causas determinadas. Aun los actos llamados voluntarios, los que revisten mayores apariencias de libertad, son derivaciones de fuerzas mecánicas obrando más ó menos remotamente sobre el individuo.

«Consultad toda la ciencia moderna y unánime la veréis enfrente de la afirmación teológica. El hombre es un simple elemento subordinado al organismo cosmológico. Se halla en continua relación de dependencia con todo lo que le rodea mediata é inmediatamente, y su libertad, la pretendida libertad metafísica de los espiritualistas, es nula.

«Exigirle, pues, responsabilidad moral por sus actos es absurdo. Y lo es tanto más cuando el medio ambiente en que se desenvuelve figura tal vez como el principal entre los factores de la delincuencia.

«Acaso se nos diga que pretendemos abandonar la sociedad al crimen. Nada menos cierto. Si negamos la responsabilidad, y como consecuencia el derecho de imponer penas, no dejamos de afirmar el derecho de defensa.» — R. MELLA, *Apuntes (Ciencia Social)*, Buenos Aires, 1899.

casos: la elocuencia. Y por otra razón: porque la personal observación nos ha enseñado que casi siempre esta juventud impetuosa que viene al campo de las ideas y arremete *pegando* á los de casa por todo comienzo y por toda labor, necesita la obra del tiempo para que se encaucen sus impetuosidades.

No llevamos más objeto que sacudirnos un sambenito que se nos cuelga indebidamente, ni más propósito que poner en guardia al obrero contra este preconizado «desbordamiento individual» que va hacia la «individualización» saltando por encima de la «solidaridad» y encerrándose en un egoísmo que choca abiertamente con la sociabilidad. No es que nos haya asustado la propaganda de ciertas exageraciones, pero sí lamentamos vivamente esta confiada y cándida acogida que les presta, sin previo examen, la ignorancia que se entusiasma ante la pirotecnia de las frases «fuertes».

El individualismo de los Stirner, de los Nietzsche, de los Mackay, de los Tucker, no nos enseña sino una cosa: que con abstracciones y metafísicas, un sólido principio — la autonomía del individuo — verdaderamente científico, puede ser presentado á los ojos de la multitud con tantas seductoras añagazas — el *Único* — (1)

(1) «*El Único y su propiedad* es la Biblia del Individualismo solipsista, del egoísmo absoluto. Leyendo este libro me decía un amigo: «como su autor hay muchos en los manicomios, que os dicen muy seriamente: Yo soy dios-padre y el mundo es mío.» Es necesario confesar que hay un gran fondo de verdad en esta salida. Lo que falta, en efecto, en esta obra, es la salud, en su más elevada expresión: salud intelectual, salud moral. El delirio metafísico reina en ella desde el principio al final. Es la *Summa* de un teólogo del Yo, que descansa por entero sobre la *ilusión egoística*, sobre la vieja concepción absolutista del «Yo», sobre la antinomia kantiana entre lo subjetivo y lo objetivo.

«Una expresión corriente traduce perfectamente la filosofía, el estado de espíritu, el estado de alma de Stirner: se cree el centro del mundo... Y, parte belicemente contra la humanidad, armando al ideal humano, á la idea humanitaria, una querrela de nominalista.

«Tiene la idea fija de la autoridad individual, de su individualidad. En el fondo es la vieja ilusión, la vieja quimera del Libre Arbitrio.

«Y esto conduce lógicamente, como principio de conducta, al egoísmo más absoluto, á una especie de

como convenga al interés de los enemigos del proletariado.

El individualismo burgués, tan bellamente zaherido por el republicano publicista Alfredo Calderón (1), no quiere morir. Se levanta arrogantemente declarándose enemigo de la autoridad del Estado, pero no quiere despojarse de su cariño hacia la explotación del hombre por el hombre.

Y es así porque en el fondo de las teorías del anarquismo incompleto, cuando no vago, de estos escritores más filósofos y literatos que sociólogos, que pretende vulgarizar y presentar como modelos la actual juventud, ansiosa de renovación artística, más enamorada del bien decir que del bien pensar; en el fondo de las filosofías, más metafísicas que llenas de ciencia positiva, de los

Cinismo rapaz, al «hooliganismo» (permitaseme este neologismo muy característico) en todo su esplendor.

De todo esto la ciencia ha hecho ó está haciendo tabla rasa. La nueva psicología, la psicología positiva y científica, ha colocado el Yo—idea y palabra—entre los accesorios gastados de los metafísicos, y substituído por la noción transformista, evolucionista, de la «personalidad», substituyendo así el problema del carácter á este problema sofístico de la prioridad del Yo ó del noYo, del subjetivo ó del objetivo, del individuo ó del medio, digno *pendant* del célebre y palpitante problema del huevo y de la gallina.

La explicación egoística de la vida—como la explicación fatalista—se derrumba ante la ciencia contemporánea para ceder el lugar á la educación naturalista y determinista.

La antinomia kantiana se resuelve en el monismo físico-lógico, que será la filosofía del porvenir; mientras que los individuos adquieren cada vez más conciencia de que los antagonismos deben fundirse en la gran síntesis humana.

Por consiguiente: «hagámonos conscientes»; sí, adquiramos conciencia de la falsedad, de la insania, de la impracticabilidad de la teoría del Egoísmo absoluto. Démonos cuenta de que esta filosofía, de que esta ética, simplistas y absurdas, deben ceder el puesto á una filosofía, á una moral de equilibrio y de equidad que dejen al altruismo su legítima y natural parte en el gobierno de la vida humana.

«Poseámonos», sí, poseámonos y desarrollemos nuestra personalidad, nuestra dignidad, nuestra superioridad, *nuestra humanidad*. No desconozcamos nuestra más elevada función: la función humanitaria. Reconozcamos la existencia del gran organismo colectivo, del cual somos, por naturaleza, las células integrantes. Seamos personales; pero seamos hombres y seamos humanos.»—PABLO GILLE, (*Humanité Nouvelle*, año cuarto, xxxvi).

(1) *Los malos pastores*, núm. 33 de NATURA.

Stirner, de los Nietzsche, de los Carlyle, de los Ruskin, de los Emerson, el «socialismo» brilla por su ausencia, y, en cambio, dormita ó vive y palpita en su anarquismo (1) el espíritu del «propietario»

(1) Anarquismo con intermitencias, dilettantismo de *arrivistes* sin comprensión del Socialismo. Aprovecharemos la ocasión para decir á los jóvenes anarquistas que «han descubierto» á estos escritores y que con su nombre se llenan la boca á cada dos por tres, que Carlyle es un religioso y conservador, pero de esos conservadores y creyentes de buena fe que imaginan que el gobierno es el llamado á hacer imperar la justicia y cuyos sueños de sociedad futura no van más allá de una sociedad gerarquizada de «nobles patronos entre nobles obreros»; que Emerson es otro creyente en dios, un místico que cree que «el hombre vino á la tierra para cumplir los destinos que le marcó la providencia»; que Stirner no se pronuncia abiertamente por la solidaridad, mejor la niega, y lo mismo por la violencia, de la que es francamente partidario Nietzsche, «este duro de corazón» que idea el *superhombre* y á renglón seguido lo niega y esclaviza á la vez en una sola frase. De estos pensadores, que, valiéndose de la expresión del Sr. Comas, «han removido el mundo en todas direcciones», se puede decir que es cierto, pero en el sentido de que las más de las veces lo mueven en muy mala dirección. Hasta Guyau, el único, según nosotros, verdaderamente genial, profundamente humano, el que mejor ha interpretado el sentido de la Vida, de la vida fecunda y pródiga, incurre en la tontería del patriotismo «lamentando se deje la patria para evitar el servicio de las armas». Á excepción del último, los demás no son más que los representantes de una *tendencia* filosófica artística que tiene algunas ideas comunes á las de los anarquistas y otras totalmente contrarias. En España, Pi y Margall, Calderón, Blasco Ibáñez, Pío Baroja, Unamuno, Dícata, Marquina, González Serrano, Dorado, etc., han vertido ideas que no hemos titubeado los anarquistas en trasladarlas á las columnas de nuestros periódicos y revistas, sin que se nos haya ocurrido calificar de anarquistas á estos pensadores y literatos. Por esto abundamos en el parecer del compañero Luis Fabbri: de Stirner, como de Emerson, de Carlyle, de Ruskin, de Nietzsche, se puede decir que no son anarquistas, sin que esto quiera significar que sean enemigos de la anarquía (*). Una frase artística, un pensamiento sublime, un bello gesto de rebeldía, no son suficientes para que los clasifiquemos anarquistas. La piedra de toque está en lo fundamental, en la aceptación ó repudio de lo que es esencial al Socialismo. Y la piedra de toque para aquilatar el socialismo y el anarquismo de estos escritores está en el lado económico del vastísimo problema que se debate. Sí, esto es lo primero, mal que les pese á los enamorados del Arte y del quintaesenciamento filosófico que demasiado á menudo olvidan, en sus éxtasis artísticos de dudosa finalidad social, que en el doble aspecto de la Vida la *nutrición* es «primero» que la *procreación*, que la fecundidad.

La fecundidad intelectual, la fecundidad de la emoción y de la sensibilidad, la fecundidad de la voluntad, en una palabra, la *generación*, vienen después de la *nutrición*, de la apropiación, de la transformación para sí de las fuerzas de la naturaleza. El árbol no da sus más bellos frutos si antes no ha pasado un tiempo de improductividad, apropiándose y transformando

que razona exactamente como aquel salvaje de que habla Guillermo Ferrero: es un bien cuando yo arrebato la mujer de mi vecino, es un mal cuando el vecino me arrebata la mía.

Y este espíritu de «propietario» es quien dicta á Stirner afirmación de tanta insolidaridad como esta:

«Aseguro mi libertad contra todos en razón de cuanto puedo apropiarme de todo, cualquiera que sea el medio por mi empleado: persuasión, ruego, orden

las sustancias minerales de que se nutre. No se crea nada de la nada. No se es pródigo sino de lo que previamente se ha acumulado con abundancia. No se da con creces lo que no se pudo adquirir antes parcelariamente y con método.

Y estas masas proletarias, mayoría de la humanidad, casi toda analfabeta, que no comprende, que no puede aún comprender, porque desconoce hasta el valor de las palabras que expresan todo un orden de conocimientos elevados, y á las que injustamente se tira desabridamente en cara su infecundidad moral y mental y se les pide insistentemente y aun exclusivamente que se auto-eleven á las cumbres de la filosofía y del arte, jamás podrán llegar hasta estas cimas si antes el sociólogo no les enseña como pueden restablecer el equilibrio en esta actual desigualdad de condiciones materiales de vida y si antes también el maestro de escuela no les da las bases científicas necesarias para que puedan efectuar luego por sí solas la autoelevación que se les exige fuera de tiempo. Porque no hay que darle vueltas; no se construye un edificio principiando por el remate. No se da al niño ideas antes que pan. Primero vivir, después filosofar; decían los antiguos. Y mientras la gran masa humana carezca del pan que nutre el cuerpo y de las más elementales nociones científicas que nutren el espíritu, no haremos filósofos, psicólogos y artistas con hambrientos, porque como ha dicho muy justamente el Sr. Federico Climent, «la pobreza supone encogimiento de ánimo, opacidad de energías, timidez en el obrar, vacilaciones en el querer, miseria mental y orgánica de que dimana un horror invencible á la actividad y al trabajo.» (*Vanguardia*, Barcelona).

Hacer desaparecer esta pobreza económica, dar á todos los individuos los elementos nutritivos, he aquí la tarea que primordialmente incumbe á las minorías revolucionarias. Lo demás, arte, filosofía, iniciativas, personalidad, amplia concepción de la Vida, libertad interior, multiplicidad de ideas y de acción, todo esto que hoy apenas balbucea en labios de una muy reducidísima minoría, más por azar de circunstancias que por propio inicial esfuerzo voluntario, pues que la adquisición del «saber» es actualmente privilegio de poquísimos y la torpeza de los más hija de deficiencias del medio social, todo esto, repetimos, que apenas balbucea y asoma, florecerá y se hará extensivo á todos sobre aquel terreno lleno de humus fertilizante. No, los capullos no desplegarán más rápidamente todas sus hojas porque á semejanza del personaje de la novela de Julio Verne, demos impacientemente todas las mañanas un tirón á los pétalos. Es regando y abo-

categórica, y también hipocresía, astucia, etc.... «Siento que mi libertad está disminuida cuando no puedo imponer mi voluntad á otro (sea este otro un ser sin voluntad como una roca, ó un ser con voluntad como un gobierno, un individuo, etc.); pero sería renegar de mi individualidad si me abandonara á otro, si cediese, me plegase, renunciase por sumisión ó resignación.»

Y esta otra afirmación, que patrocina toda la actual apropiación capitalista:

nando el suelo como activaremos su florecimiento. Dando pan y ciencia á todo el mundo, porque todo el mundo es campo de espinos, de miserias y prejuicios que hay que arrancar primero si queremos convertir esto en un vergel. No se lanza una locomotora por montes y valles y salva abismos sin antes nivelar el terreno y tender los rieles y los puentes.

Y si alguno nos argumentare que nuestra anarquía es prosaica porque adolece de obsesión de lucha económica, en último término muy justificada por el «hambre» que hace estragos en varias regiones, y que por esto somos nosotros los no anarquistas, replicáramos que la anarquía de los citados escritores—exceptuado Guyau—que se encierran, unos, en su yo metafísico, se aíslan y se vuelven exclusivistas otros en sus minúsculas torrecillas de marfil pretendiendo tapar con flores de trapo el cuerpo anémico de la multitud, y los más consolidan todo lo existente dándose aires de rebeldes,—que esta su anarquía, repetimos, no es la nuestra; con la diferencia, de que el socialismo anarquista tiene á su favor la historia de la palabra, de la teoría y del movimiento anarquista.

Únicamente así, «marcando bien la diferencia—como escribió el amigo Mella—entre lo que nos separa podremos saber lo que nos une», y no expondremos al lector sencillo y crédulo á confusiones y á que tome por socialismo-anárquico toda la petulancia y egoísmo que por ahí corren con cara de rebelde y mentalidad de propietario.

(*) Referente á Max Stirner—pseudónimo de Juan Gaspar Schmidt—el Dr. Pablo Eltzbacher, en su volumen *El Anarquismo*, hace observar «que Stirner no designa con el nombre de «anarquismo» su propia doctrina sobre el Estado, el Derecho y la Propiedad, antes al contrario, emplea la palabra anarquismo para designar á su adversario el liberalismo político». De igual modo solemos oír á algunos escritores archireaccionarios calificar de anarquistas á los republicanos conservadores españoles. Tendría gracia que á la postre resultare, si á ahondar fuéramos, que el mismo Stirner no sabía lo que significaba el anarquismo. *Anticristiano* supone el Sr. Comas á Max Stirner, y poco empeño tendría éste en serlo ó dejar de serlo cuando escribió lo que sigue: «¡Qué me importa si lo que pienso ó hago es cristiano, humano ó inhumano, liberal ó antiliberal! Desde el momento que logro el objeto que persigo, y que me satisface, es un bien. Maldicidlo, si así queréis, yo me río de todas las maldiciones.»

Igual sienten y piensan los egoístas y sinvergüenzas burgueses que nos explotan.

«Yo pienso que la tierra pertenece al que la sabe tomar y al que no se la deja quitar. Si se apodera de ella y se la hace suya tendrá con ella el derecho de poseerla».

Precisamente, exactamente lo mismo que dicen los actuales propietarios cuando los anarquistas les decimos que queremos socializar la propiedad. Pero precisamente esto no tiene nada de común con el socialismo contemporáneo, cuyas diversas escuelas—socialismo de Estado ó anárquico, colectivismo ó comunismo—sostienen y preconizan *todas* la necesidad de «socializar los medios de producción» (1).

Nuevamente suscribimos las palabras de Bakunin:

«La libertad sin el socialismo es el privilegio y la injusticia; el socialismo sin la libertad es la esclavitud y la brutalidad.»

Amamos el progreso como el que más. Somos socialistas, somos comunistas, somos anarquistas, porque el estudio de toda la evolución del reino animal nos ha enseñado que el progreso se ha efectuado y efectúa partiendo del comunismo homogéneo, incoherente, confuso, para llegar al comunismo orgánico, solidario, universal, fundado en la división del trabajo; partiendo de la promiscuidad sexual, grosera, animal, desordenada, para elevarse á la unión sexual racional, fundada en el amor libre; partiendo del disasociacionismo político, incoherente, para llegar á la autonomía individual, anárquica, ordenada, orgánica y solidaria (2).

(1) A. Hamon demuestra en su definición del *Socialismo y Anarquía*, libro de próxima publicación, que esta «socialización de los medios de producción» es el lazo común que une á todas las diversas escuelas «socialistas» y lo que las diferencia de las teorías de los economistas defensores de la propiedad individual.

(2) «Hemos comprobado, hasta en la vida de la célula ciega, un principio de expansión que hace que el individuo no pueda bastarse á sí mismo; la vida más rica es también la que se encuentra más llevada á prodigarse, á sacrificarse en una cierta medida, á partir con los otros. De donde se sigue que el organismo más

Sentimos el sufrimiento de nuestros semejantes y nos hemos rebelado contra los egoísmos y los privilegios de los que lo causan en nombre de principios anti-sociales declarados indiscutibles, ó se exponen á causarlos en nombre de absolutismos disfrazados de libertad (1).

Y á la implantación del principio fundamental del Socialismo, á la socialización de los medios de producción y á la posesión en común de toda la riqueza social, fiamos la desaparición de egoísmos y de privilegios reñidos con la Igualdad.

Nos negamos á que se nos imprima en la frente otro sello de personalidad que no sea el nuestro. Á los que en nombre de dios, del derecho escrito, de la fuerza ó de la genialidad, tengan tamaña pretensión, nosotros oponemos el principio de la autonomía individual, que es nuestro individualismo, que es nuestra personalidad, que es nuestra voluntad, por *pequeña* que intelectualmente sea, solidaria con todas las iniciativas y con todos los esfuerzos que, sea en el orden de conocimientos y de actuaciones que fuere, no lleven un carácter de exclusivismo y de imposición y sean realmente útiles á toda la humanidad.

perfecto será también el más sociable, y que *el ideal de la vida individual es la vida en común*.—GUYAU, *La moral sin sanción ni obligación*.

(1) «Ni mis dolores ni mis placeres son míos en absoluto. Las hojas espinosas de la pita, antes de desarrollarse y extenderse, permanecen largo tiempo aplicadas unas sobre otras, como formando un sólo cuerpo; entonces las espinas de cada hoja se imprimen en su vecina. Más tarde, cuando todas estas hojas han crecido y se han apartado por completo, esta marca continúa y hasta crece con ellas; es un sello de dolor fijado para toda la vida. Igual ocurre en nuestro corazón, donde vienen á imprimirse, desde el seno maternal, todas las alegrías y todos los dolores del género humano; sobre cada uno de nosotros, haga lo que haga, este sello debe persistir.

«Lo mismo que el yo es, en suma, una ilusión para la psicología contemporánea, que no hay personalidad separada, que estamos compuestos de una infinidad de seres y de conciencias chicas ó estados de conciencia, así podría decirse que el placer egoísta es una ilusión: mi placer propio no existe sin el de los demás: siento que toda la sociedad debe colaborar más ó menos á él, desde la reducida sociedad que me rodea, hasta la gran sociedad en medio de la cual vivo».—GUYAU, *La moral sin sanción ni obligación*.

Estamos firmemente persuadidos de que hay que ser humanos, pues por mucho que lo seamos nunca lo seremos demasiado (1), y queremos una organización social en que la violencia, engendradora de todas las venganzas, esté excluida por la libre inteligenciación de todos sus miembros.

Reconocemos la necesidad que tiene el hombre de coordinar sus esfuerzos con los de los demás si quiere vivir en sociedad, y para esto ninguna necesidad tenemos de codificar el deber y la moral, que tienen sus raíces en los instintos de conservación y de procreación.

Y si á los que no pensando como noso-

(1) BASTERRA, revista *Futuro*, de Montevideo.

tros se les antoja continuar llamándonos «cristianos», sea porque así nos crean ó porque tengan un interés en presentarnos como fósiles á los ojos de la crédula rebeldía inconsciente, fácil de sugestionar con toda clase de colorines más ó menos artísticos, ó «viejos impotentes» porque no aceptamos á rajatabla opiniones y teorías que hemos hallado son pura metafísica y que tienen por base meras hipótesis, estos calificativos tampoco nos asustan.

Con demostrar, siempre que lo creamos oportuno y necesario tanto para los demás como para nosotros, que se nos aplican sin fundamento, habremos cumplido nuestro deber y nos daremos por satisfechos.

LA REDACCIÓN.

N. Colajanni

El factor económico en la producción del delito

La condición económica ejerce una influencia directa é indiscutible sobre el génesis de la delincuencia, en cuanto que, la deficiencia de *medios* para satisfacer las numerosas *necesidades* del hombre, (diversas según los pueblos y más numerosas en aquellos que han alcanzado un mayor grado de civilización y gozan de un más alto tenor de vida—*Standard of life*—) constituye un poderoso estímulo para procurárselos de todos los modos: honestos ó deshonestos. Además algunas peculiaridades de la actual organización social impulsan con mayor fuerza aún al ejercicio de la actividad deshonestas, con especialidad en determinados ambientes. En efecto, á veces esta actividad ofrece mayor beneficio y menos peligros que la actividad honesta.

Las ganancias de un ratero de Londres han sido evaluadas en 300 esterlinas por año (*Taine*). Un niño de siete años puede aprender fácilmente á robar por valor

de 10 chelines semanales. En cambio, LA MISERIA DE LOS QUE BUSCAN GANARSE LA VIDA HONRADAMENTE SOBREPASA TODA MEDIDA (*Raffalovich*). Ejemplos de esta miseria, documentados con datos oficiales, podríamos citar indefinidamente; por ahora, basta la citada opinión sintética de un economista y de un historiador que por no llamarlos adversarios, diremos que son poco tiernos hacia las clases bajas.

Por otra parte existe el parangón entre las *probabilidades* que se presentan á un obrero, al ir directamente á ser víctima de un accidente que le quite la vida ó lo vuelva inhábil *si se dedica á un trabajo honesto* y el de ser descubierto y por consiguiente castigado si se entrega á un *trabajo criminal*. Las mayores probabilidades corresponden al primer caso (*Hinszloff*). Por lo tanto la conveniencia se halla en pugna con el trabajo honesto y se alía al criminal, hacia que el obrero

puede ser impulsado ya sea por la probabilidad de *mayores lucros* como por la de *menores peligros*.

Para cuantos aprecian debidamente el principio de la utilidad que, en el fondo, á todos nos guía, no hay necesidad de insistir sobre la fuerza del razonamiento expuesto que, muchos, aun sin ser obreros, se hacen,—especialmente entre las clases comerciales y medias que presencian cuotidianamente los fáciles, deshonrados é impunes enriquecimientos.

Pero, si bien es enorme la influencia *directa* de las condiciones económicas sobre la génesis de los delitos, particularmente sobre los de la propiedad, no es menos evidente y poderosa la influencia *indirecta*.

La guerra, la organización actual de las industrias, la familia, el matrimonio, las instituciones políticas, las revoluciones, el ocio y el vagabundaje, la prostitución, la educación, etc., son otras tantas *causas* enérgicas de delincuencia. Pero cada una de estas causas se halla subordinada á su vez más ó menos netamente al factor económico, según la unánime opinión de pensadores de las escuelas más opuestas, desde Morgan á Lacombe, desde Marx á Molinari, desde Engels á Thulié, desde Spencer á Schäffle, á Gumpłowics, Loria, Vaccaro, etc., etc.

De todas estas *causas* influenciadas por el factor económico nos ocuparemos detenidamente y por separado. Pero una hay que, á los adversarios de toda transformación social se impone inexorablemente como oportuno remedio á los males morales: la *educación*.

De lo que ella puede influir en el bien y el mal nos hemos ocupado ya en otro estudio; aquí sólo estudiaremos la conexión que existe en la generalidad de los casos entre la *buen*a y *mala* educación y la condición económica.

Desde Menzius, filósofo chino que vivió hace veinte siglos, hasta Chamberlain

ministro de S. M. Británica, todos están de acuerdo en sostener que, la *miseria*, la *ignorancia*, la *mala educación* y el *delito* son términos ligados entra si como los eslabones de una cadena.

Ahora bien; para Stuart Mill, en la actual sociedad hay pobreza por una parte y vicio y delito por otra. *Falta* á los pobres *educación*, mientras los ricos ociosos poseen *mala educación*. La cuestión ha sido, pues, colocada en sus verdaderos términos, con toda la lógica y precisión que caracterizaban al grande escritor inglés. Iluminémola aún con la opinión de dos de los mejores economistas *ortodoxos*: «el mejoramiento material es la *condición* del intelectual y moral, dice M. Chevalier.» «Las buenas costumbres privadas y sociales son el efecto de un cierto bienestar de que no goza el pobre y de una determinada instrucción, que no se halla en condiciones de recibir.» (*Punoyer*)

Á esto se une el ilustre autor de la *Moral de los positivistas*, reconociendo explícitamente que el *desahogo* constituye la *condición* de la educación. Pero no se limita á esto sólo Ardigó, sino que en toda su *Sociología*, examinando el desarrollo moral ó antiegoísta, describe el mecanismo psicológico de su acción. El intelecto, dice, podrá dedicarse á nuevos estudios, á nuevas acciones, á nuevos hábitos, sólo cuando se ha consolidado un hábito anterior. Ahora bien; á quien se halla preocupado continuamente en procurarse los medios para satisfacer las poderosas necesidades materiales, poca fuerza disponible le queda que consagrar á la ética y á las más elevadas idealidades sociales.

Consideradas debidamente estas deplorables influencias se comprende en seguida que si un poco de honradez se conserva y sobrevive en la ordinaria carencia de buenas condiciones sociales, se debe á la benéfica fuerza de la *herencia psicofisiológica* de la que hasta ahora

no se ha preocupado más que de tratar el lado odioso.

Pero, ¿dónde concluye el bienestar, la comodidad, la riqueza y comienza la miseria? Es esta una cuestión á la que aun no han respondido suficiente ni adecuadamente los historiadores, ni los economistas, ni los escritores de moral. Ni pueden responder, pues la riqueza y la miseria son dos categorías esencialmente relativas y movibles, en continua transformación. Pero si á esto no se puede responder, se poseen, sin embargo, innumerables hechos que nos dicen: ser más importante la *distribución* que la *cantidad* absoluta de la riqueza; que la *estabilidad* y *seguridad* de los medios de subsistencia es más importante que su saltuario incremento. La miseria es esencialmente relativa á las necesidades crea-

das y devenidas habituales que no se pueden satisfacer. Por lo tanto los efectos del desorden económico es necesario buscarlos, con especialidad, en las crisis, en las transiciones de un estado á otro, del superior al inferior: y en sentido inverso alguna vez cuando el enriquecimiento no ha sido precedido ó acompañado por una buena educación. En ese caso, se hacen visibles las consecuencias de la *inadaptación*, que se acentúa en el paso de un género de vida á otro.

Concluyendo, podemos afirmar que, en una dada sociedad, la mínima delincuencia posible se obtiene con la *seguridad* de la posesión de los medios de subsistencia, con la *estabilidad* en la condición económica y con la mayor *igualdad* en la distribución de la riqueza.

P. Kropotkin

La reacción en 1790 y 1791 ⁽¹⁾

I

Es natural que una revolución tan importante como la que se realizaba entre los años 1789 y 1793 tuviese sus momentos de paralización y hasta de regresión. Las fuerzas de que disponía el antiguo régimen eran inmensas, y después de haber sufrido un primer fracaso, no es extraño que se reconstituyeran para oponer un dique al espíritu nuevo.

Por esto la reacción que se produjo desde los primeros meses de 1790 y aun desde Diciembre de 1789, no tiene nada de imprevista. Pero si esta reacción fué tan fuerte que pudo durar hasta Junio de 1792, y si á pesar de todos los crímenes de la corte, fué bastante poderosa para que en 1791 la revolución quedara arrinconada, es que esta reacción no fué

únicamente obra de los nobles y del clero, unidos bajo la bandera de la realeza, sino que la misma burguesía, esta fuerza nueva, constituida por la misma revolución, intervino aportando su habilidad en los asuntos, su amor al «orden» y á la propiedad y su enemiga al tumulto popular, contribuyendo á apoyar las fuerzas que intentaban detener la revolución. Y á la obra reaccionaria de la burguesía se agregó el gran número de hombres instruidos, de «intelectuales», en los cuales el pueblo había depositado su confianza, y que desde el momento que vislumbraron las primeras chispas de un levantamiento *popular*, le volvieron la espalda y se apresuraron á tomar puesto en las filas de los defensores *del orden*, á fin de domar el pueblo y oponer un dique á sus tendencias igualitarias.

Reforzados de este modo los contrarre-

(1) Véase la «Abolición de los derechos feudales» y «La paralización de la Revolución», en los números 39, 31, 32, 36 y 38 de nuestra Revista.

volucionarios ligados contra el pueblo, trabajaron con tanto éxito, que, si los campesinos no hubiesen continuado sus sublevaciones en el campo, y si el pueblo de las ciudades no se hubiese sublevado nuevamente durante el verano de 1792, al ver que el extranjero invadía la Francia, la revolución hubiera quedado detenida en su marcha sin haber efectuado nada durable.

En el fondo, la reacción comenzó, como ya dejamos dicho, al mismo siguiente día de la toma de la Bastilla.

Cuando la burguesía vió que en pocos días el pueblo se armó de picas é incendió los consumos, cogiendo las provisiones allí donde las encontraba, y era tan hostil á los ricos burgueses como á los «talones rojos», el terror la sobrecogió y se apresuró á armarse contra el pueblo, organizando su guardia nacional, á fin de poder reprimir las insurrecciones populares (1).

Al mismo tiempo se apresuró á legislar de modo que el poder político, que se escapaba de las manos de la corte, no cayese en manos del pueblo. Estas gentes, que los historiadores burgueses nos han representado tan revolucionarias, temían más al pueblo sublevado que á la misma realeza.

Por esto, ya ocho días después del 14 de Julio, Sieyès, el famoso abogado del Tercer Estado, propuso á la Asamblea dividir Francia en dos partes, de las cuales una—únicamente los ciudadanos *activos*—tomaría parte en el gobierno, mientras que la otra, comprendiendo en ella la gran masa del pueblo, con el nombre de ciudadanos *pasivos*, estaría privada de todos los derechos políticos.

Cinco semanas más tarde, la Asamblea aceptaba esta división como prin-

pio fundamental de la Constitución. La famosa Declaración de los Derechos del Hombre, cuyo primer principio era la igualdad de los derechos de todos los ciudadanos, se halló de este modo tan pronto proclamada como violada ignominiosamente.

La Asamblea Nacional, elegida bajo el antiguo régimen, aunque salida de elecciones á dos grados, era, sin embargo, el producto de un sufragio casi universal, es decir, que en cada distrito electoral se habían convocado varias asambleas *primarias*, compuestas de casi todos los ciudadanos de la localidad. Éstas habían nombrado á los *electores*, que compusieron en cada distrito una asamblea *electoral*, que, á su vez, eligió su representante en la Asamblea. Bueno es hacer notar asimismo que, terminadas las elecciones, estas asambleas continuaban reuniéndose, recibiendo cartas de sus diputados y vigilando sus votaciones.

Una vez en el poder la burguesía, hacía dos cosas: aumentaba los derechos de las asambleas electorales, confiándoles la elección de los directorios de provincia, de los jueces, etc., y excluía al mismo tiempo de las asambleas primarias á la masa del pueblo, privándole de este modo de todos los derechos políticos. No admitía en ellas más que á los ciudadanos *activos*, es decir, los que en contribuciones directas pagaban, por lo menos, *tres* jornadas de trabajo (1). Los demás quedaban relegados á ser ciudadanos *pasivos*. No podían ya formar parte de las asambleas primarias, y así no tenían el derecho ni de nombrar su municipalidad, ni los electores, ni formar parte de la guardia nacional. Además, para ser nombrado *elector*, era necesario pagar el valor de *diez* jornadas de tra-

(1) ¡Cómo se repite la historia! La burguesía rusa, que tiembla ante la jacquería que comienza, lanza ya la idea de armar su guardia nacional.

(1) Cada municipio fijaba el valor de la jornada en dinero, y se convino en contar la jornada del jornalero.

bajo, lo que convertía estas asambleas en cuerpos enteramente burgueses. (Más tarde, cuando la reacción se enardeció después de las matanzas del Campo de Marte, la Asamblea hizo una nueva restricción: para ser elector era necesario poseer una propiedad.) Y para poder ser nombrado diputado en la Asamblea, era necesario pagar en contribuciones directas el valor de un marco de plata, es decir, 50 libras. Peor aun. Se prohibió que las asambleas electorales fuesen *permanentes*. Una vez efectuadas las elecciones, no podían ya reunirse. Ya nombrados los gobernantes, no querían ser ni siquiera discutidos. Más tarde, aun les fué arrebatado el mismo derecho de petición. «¡Votad y callaos!»

Respecto de las aldeas, que bajo el antiguo régimen habían conservado en la mayor parte de Francia la asamblea general de habitantes — como el *mir* en Rusia —, estas asambleas fueron prohibidas por la ley municipal de Diciembre de 1789. Desde entonces, únicamente los campesinos acomodados, reunidos una vez al año, podrían nombrar el alcalde y la municipalidad, compuesta de tres ó cuatro ricos burgueses de la villa.

He aquí cómo la burguesía, llegada al poder á consecuencia de un movimiento revolucionario del pueblo, se apresuró á escamotear este movimiento y á precaverse contra la intrusión del pueblo en los asuntos del gobierno: — Guardia nacional burguesa; ley marcial; ley municipal, á fin de organizar la burguesía; ley electoral para garantizar el dominio en el Parlamento; reconstitución de los bienes feudales; prohibición, bajo pena de muerte, de predicar contra las propiedades; y luego leyes draconianas contra las coaliciones de obreros. Tal fué la obra de los políticos en 1790 y 1791. Ya lo habíamos indicado en nuestros estudios publicados en 1889 (*La Gran Revolución*); pero bueno es insistir y precisar, sobre todo en este momento en que

la revolución en Rusia amenaza tomar una marcha análoga.

«La aristocracia pura de los ricos se ha establecido ya sin pudor», escribía Loustallot, en 28 de Noviembre de 1789, en las *Révolutions de Paris*. «¡Quién sabe si no resulta ya un crimen de lesa nación osar decir: *la nación* es el soberano!» (1).



En su gran trabajo sobre la historia política de la Gran Revolución, el señor Aulard se dedicó á hacer resaltar la oposición que la idea de la forma republicana de gobierno hallaba en el seno de la burguesía y de los «intelectuales» de aquella época, hasta cuando las mismas traiciones de la corte y de los monárquicos imponían la república. Este trabajo es muy interesante; pero es necesario no olvidar al leerlo que lo esencial para la burguesía y los intelectuales fué *la conservación de las propiedades*, como entonces se decía. Se ve, en efecto, que este *mantenimiento de las propiedades* pasaba como un hilo negro á través de toda la revolución, hasta que cayeron los girondinos. También es cierto que si la república metía miedo á los burgueses y hasta á los mismos ardientes jacobinos (mientras que los cordeleros la aceptaban voluntariamente), es porque en el pueblo la idea de república iba unida á la de *igualdad*, y que ésta se traducía por demanda de *igualdad de las fortunas* y de *ley agraria*, fórmulas de los niveladores, de los comunistas, de los expropiadores, de los «anarquistas» de aquella época (2).

(1) Aulard, *Histoire politique de la Revolution française*, pág. 72. En esta obra de Aulard se halla un análisis detallado de todo lo que hizo la Asamblea contra el espíritu democrático.

(2) Cosa curiosa. Apenas la revolución asoma en Rusia, y ya los jefes de la democracia social truenan contra los anarquistas, «que empujan al pueblo hacia la expropiación», proponiéndose impedirlo guillotinando á estos «fautores de desorden». Los Brissotinos no mueren nunca.

Y precisamente para impedir que el pueblo atacara el principio sacrosanto de la propiedad, la burguesía se apresuró á paralizar la revolución. Ya desde Octubre de 1789 la Asamblea votó la famosa ley marcial que permitió fusilar á los campesinos sublevados, y más tarde, en Julio de 1791, asesinar al pueblo de París. Prohibió, además, fueran á París los hombres del pueblo de provincias cuando la Fiesta de la Federación del 14 de Julio de 1790, y tomó toda una serie de medidas contra las sociedades locales que constituían la verdadera fuerza de la revolución. De este modo mató lo que fué germen de su propio poder.



En efecto, desde los primeros comienzos de la revolución habían surgido en Francia millares de asociaciones políticas. Ya no eran solamente las asambleas primarias ó electorales las que continuaban reuniéndose. Tampoco las mil sociedades jacobinas aliadas á la Sociedad Madre de París. Eran, sobre todo, las Sociedades Populares y las Sociedades Fraternalas, parecidas á los «grupos» y á las «secciones» actuales, que surgieron en el seno del mismo pueblo, espontáneas y, á menudo, sin ninguna formalidad. Eran, como dijo muy bien el archirreaccionario Taine, millares de comités y de poderes locales, casi independientes, que se sustituían al poder real. (Véase Taine, vol. I, pág. 79, y III, 39.)

La burguesía se dedicó con todo su

ardor á aplastar, á paralizar, ó por lo menos, á desmoralizar estos mil centros locales, y lo logró tan á la perfección, que pronto la reacción monárquica, clerical y nobiliaria se adueñó de las ciudades y de los burgos de la mitad de la Francia.

No iba á tardar el momento de recurrir á las persecuciones judiciales, y en Enero de 1790, Necker obtenía ya un decreto de prisión contra Marat, que francamente había abrazado la causa del pueblo, de los descamisados. Temiendo un motín popular, echaron á la calle toda la infantería y caballería para apoderarse de su persona; rompieron su imprenta, y Marat vióse obligado, en plena revolución, á refugiarse en Inglaterra. Cuatro meses más tarde volvió y tuvo que esconderse hasta Diciembre de 1791, que tuvo que atravesar nuevamente el canal.

En una palabra: la burguesía y los intelectuales, defensores de la propiedad, se arreglaron de tal modo para detener el movimiento popular, que paralizaron hasta la misma revolución. Á medida que se iba constituyendo la autoridad de la burguesía, se veía á la autoridad del *rey* rehacer su virginidad.

«La verdadera revolución, enemiga de la licencia, se consolida cada día más», escribía el monárquico Mallet du Pan, en Junio de 1790. Y decía verdad. Un año más tarde, la contrarrevolución se sentía tan fuerte que fusilaba al pueblo de París.

(Continuará)

Juan Grave

El genio

Para mucha gente es «gran hombre» todo aquel cuyo apellido, á título de lo que fuere, ha adquirido resonancia, sin ocuparse de si es su obra, la situación que ocupó, ó las circunstancias de que se vió

rodeado lo que le hicieron emerger de la multitud.

Es esta opinión de erudito que, no viendo más que los efectos, no se preocupa de investigar las causas y se pone

á filosofar interminablemente sobre apariencias que se derrumban fácilmente tan pronto se demuestra el error del punto de partida.

Y, sin embargo, convendría, en esto que se ha convenido en llamar los grandes hombres, saber diferenciar los que no fueron más que el producto de su época, los que fueron perjudiciales y aquellos cuya influencia fué benéfica.

Entre los que se nos citan, suele colocarse á Juana de Arco, una loca cuya histeria, dominada por las ideas religiosas de su tiempo, la persuadió de que Dios la había elegido para arrojar á los ingleses de Francia, y cuya carencia de concepción de las dificultades le dió bastante confianza en sí misma para inspirarla á aquellos cuya ignorancia y credulidad les hace ser fácil presa del primer impostor que se presenta.

El estado de desarreglo en que se hallaban los espíritus de la época permitió á Juana de Arco desempeñar un papel importante. En nuestros tiempos se la encerraría en un manicomio ó se la haría servir para experimentos, haciéndola comer patatas crudas después de persuadirla de que eran naranjas.

Tocante á Napoleón, si la ausencia de escrúpulos, si un gran desprecio de la vida humana y una gran voluntad son cualidades suficientes para hacer de él un gran hombre cuando las circunstancias lo permiten, convéngase en que no difieren en intensidad de las que emplea el más vulgar de los apaches. Cuestión de ambiente.

No creo que hacer matar varios millones de hombres jóvenes y sanos pueda significar una gran felicidad para la evolución humana. El papel nefasto para Francia y Europa que ha desempeñado, salta á la vista, pero sus beneficios no.

Es que hay gentes imbuídas de la idea de que los hombres que se distinguen de los demás, están dotados de cualidades extraordinarias que les hacen hallar ver-

dades que, sin ellos, no hubieran podido hallar nunca sus contemporáneos inferiores. ¡Como si el pretendido gran hombre pudiera abstraerse de su medio! La importancia de los descubrimientos sigue al desarrollo general. La diferencia que hay entre un «gran genio» y la masa de sus contemporáneos, es siempre agrandada por nuestra ignorancia. La verdad es que un sabio no florecerá seguramente en medio de una población de cretinos, que la aparición de un Darwin, de un Lamarck ó de un Spencer, sería imposible entre una población de congolese. El inventor beneficia, no tan sólo de los trabajos hechos con anterioridad á él, si que también de la evolución cerebral de la raza donde nace.

La creencia en los hombres de genio procede de este primer error de los hombres, que, habiendo clasificado sus ocupaciones en trabajos nobles y groseros, llegaron á considerar como una marca de superioridad á los que se dedican á los primeros, sucediendo entonces que si entre éstos se encuentra uno que efectúe el menor «*petit caca*» vagamente un poco superior al de los demás, hételo en seguida elevado á las nubes y las cien trompetas de la Fama llevarán su nombre á todos los ecos, mientras que el que se consagró á las obras reputadas inferiores, si se distingue entre sus semejantes, no le valdrá ser un buen operario, nadie se ocupará de su nombre.

Y no obstante, el tendero que vende sus especias, el mecánico que monta una máquina, el calderero que recompone una cacerola, ó el sabio que estudia la génesis de una enfermedad, el astrónomo que establece los cálculos para determinar la gravitación de un planeta, y el escritor que hilvana una novela, no han hecho todos más que ejercitar las mismas facultades y desarrollar las mismas aptitudes: de memoria, de observación, de raciocinio, de comparación, de deducción, de inducción ó de invención.

Todo esto, ciertamente, en diversos grados en cada individuo; pero si uno las ha podido desarrollar á un grado extremo en ocupaciones de orden inferior, no por esto será consagrado genio, mientras que si otro las ha desarrollado en un orden de ideas clasificado entre las ocupaciones nobles, obtendrá renombre de inteligente sin rival.

Basta que un hombre se especialice en una rama de conocimientos, con aptitudes muy medianas, para que en esta especialidad haga descubrimientos que escaparán á un espíritu más general. Hételo consagrado hombre de genio. Y, sin embargo, en todas las demás ramas de la actividad será muy inferior, mientras que el que haya ejercitado su actividad en varios sentidos, tendrá una comprensión más amplia de las cosas y habrá sabido descubrir entre ellas relaciones de aplicación que pueden tener su importancia, sin que esto meta ruido. Este hombre, de todos modos, habrá sido más útil que el hombre de genio.

Cuando se nos habla del talento y del genio, se olvida á menudo una verdad, y es, que cuando se efectúa un descubrimiento — á no ser que se deba á la casualidad — no surge éste de golpe, como un relámpago. Casi siempre ha sido preparado por trabajos anteriores que ponen á los inventores sobre la pista, llegando un día en que la masa de hechos recogidos acaba por agruparse de modo que dan la clave del problema. Todo el

mérito del descubrimiento va á parar, casi siempre, al individuo cuya conclusión le vino por sí sola á la mente. Y no obstante, ¿qué hubiera podido descubrir sin los innumerables investigadores que le precedieron?

Tanto más que, cuando los hechos se han acumulado, cuando las relaciones de causa á efecto han sido deducidas, no falta nunca un individuo cualquiera para sacar la conclusión que se impone. Y la prueba de esto la vemos en la simultaneidad que se produce en el descubrimiento susodicho. En diversos puntos del globo se produce la solución á la misma hora por inventores desconocidos unos de otros.

Si cada hombre estuviese colocado en situación de poder desarrollar sus aptitudes y ejercitar sus facultades en el sentido que mejor le pareciere, la humanidad ganaría más que cultivando el hombre de genio. Claro está que sería mucho más difícil entonces convertirse en «hombre de genio», pues que siendo más elevado el nivel medio, el individuo que hoy asombra á las poblaciones se vería rodeado de semejantes, lo cual tal vez sería desagradable para aquellos que tienen siempre necesidad de mirar á los demás por encima de los hombros, pero sería muy beneficioso para la humanidad cuya mayor parte de fuerzas hoy se pierden por falta de cultura ó están contrariadas en su florecimiento, debido á una organización social estúpida y sin inteligencia.

Tomás Carlyle

El catecismo de los puercos

Suponed que algunos puercos (puercos de cuatro patas) dotados de sensibilidad y de facultades lógicas superiores hayan alcanzado una cierta cultura, y que después de examen y reflexión puedan escribir, para gobierno nuestro, su idea del

Universo, de sus intereses y de sus deberes en la tierra. ¿Acaso esto no interesaría á un público juicioso y no podría ser un estimulante para el libro del comercio, ampliándolo? Actualmente se comprende que es necesario recibir los

sufragios de todas las criaturas si se quiere legislar para ellos con completo conocimiento de causa. «¿Cómo podéis gobernar una cosa, dice mucha gente, sin pedir de antemano su sufragio?» Á no ser que ya lo conozcáis, y lo que en virtud de él se quiere, y, cosa aun más importante, lo que la Naturaleza quiere, pues que, en fin de cuentas, la Naturaleza es la única cosa que se desea obtener. Así, pues, las proposiciones de los puercos serán, poco más ó menos, como siguen:

1.^a El universo, según todo lo lejos que puede ir una sana conjetura, es una inmensa gamella de puerco, compuesta de sólido y de líquido, y otras substancias contrarias y variadas, pero especialmente compuesta de cosas que es posible lograr y de cosas imposibles de lograr, éstas en cantidad más grande, para la mayor parte de los puercos.

2.^a El mal moral es la imposibilidad de obtener la pitanza porquera; el bien moral la posibilidad de atraparla.

3.^a ¿Qué es el paraíso ó estado de inocencia? El paraíso, llamado asimismo estado de inocencia, edad de oro y otras denominaciones, *era* (según los puercos de escaso raciocinio) la posibilidad sin límites de obtener la pitanza cochinerá; de modo que, en el cumplimiento perfecto de su deseo, la imaginación cochina no podía ir más allá de la realidad: una fábula, una quimera, como puercos de buen sentido lo ven actualmente.

4.^a «Definid el deber completo de los puercos.» La misión de la tocinería universal y el deber de todos los puercos en todos los tiempos consiste en disminuir la cantidad de lo no que se puede obtener. Cualquier conocimiento, invención y esfuerzo ha de estar dirigido hacia este objetivo único; la ciencia porquina, la devoción del marrano y el entusiasmo

del cerdo, no tienen otro alcance. Es el deber completo de los puercos.

5.^a La poesía de los puercos debe consistir en reconocer universalmente la excelencia de la pitanza y cantar la felicidad de los puercos cuya gamella esté en buen orden y que han comido abundantemente.

6.^a El puerco ha de conocer su tiempo, sacando su hocico fuera para saber qué tiempo hará.

7.^a ¿Quién hizo al puerco? No se sabe. Tal vez el choricero.

8.^a ¿Tenéis leyes y una justicia en el país de los puercos? Los puercos dotados de espíritu observador, han descubierto que hay, ó que antiguamente se suponía que había, una cosa llamada justicia. Es innegable, de todos modos, que existe en la naturaleza del ganado de cerda un sentimiento llamado indignación, deseo de venganza, etc., el cual, si un cerdo provoca á otro, se manifiesta de un modo más ó menos destructivo; de ahí la necesidad de las leyes, de una asombrosa cantidad de leyes, pues las disputas tienen por consecuencia la sangre que se vierte, existencias destruidas, un despilfarro en el *stock* general de la pitanza y la ruina temporal de grandes partidas de la gamella universal. Por esto hay que observar la justicia á fin de evitar las disputas.

9.^a ¿Qué es la justicia? Vuestra parte de la gamella común y nada de la mía.

10. ¿Pero cual es mi parte? ¡Ah! Aquí está la gran dificultad, sobre la cual la ciencia porquina, despues de haber meditado durante mucho tiempo, no pudo resolver aún nada. Mi parte, en suma, es todo lo que hallo medio de coger sin correr el riesgo de ir á la cárcel ó al patíbulo.

De *Letter day Pamphlets*.

Recibido: *Creencia y Ciencia*, por Marcial Lores, folleto 10 céntimos, pedidos á Enrique Taboada, kiosco «El Sol», Coruña.—*Golfines*, novela, por Ubaldo Romero Quiñones, 2 ptas., en todas las librerías.

Aurora (Lista de Correos), de Málaga; *Eppur si move* (San Luís 22), de Mar del Plata (Argentina); *Luz e vida* revista de sociología, arte y crítica, de Oporto (rua dos Mártires da Liberdade, 68); *El Libertario*, (Avenida General Rondeau, 295), de Montevideo; *Progrés*, de Barcelona; *Práce*, (Zizkov 711) de Praha-Bohème (Austria).

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Bruch, 63 (entre Diputación y Consejo de Ciento).—BARCELONA